

Rosa y Azul



Contiene

- Cuentos para niños.
- Concursos.
- Poesías.—Historietas.
- Pasatiempos.
- Colaboración infantil.
- Croniquilla.
- Cuentos y Leyendas regionales.
- Crítica.
- Efemérides.
- Correspondencia.

Todo para
niños

15
CÉNTIMOS

INTERESANTE.—Léase la plana tercera de la cubierta.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

PROVINCIAS.....	Semestre... 3 pesetas.	大 學 學 平	EXTRANJERO
	Año..... 6 "		

Los Sres. Corresponsales de Madrid ó provincias disfrutarán el 10 por 100 de beneficio por las suscripciones que nos remitan, que pueden deducir al enviarnos su importe, en letras del Giro Mutuo, carta orden de pago, ó sellos de Correos; en este caso, certificando la carta. Tanto para las suscripciones como para la venta de ejemplares, anuncios, etc., la correspondencia debe dirigirse al Sr. Administrador de ROSA Y AZUL, Jardines, 15, Madrid. Los artículos, poesías, historietas y cuanto se refiera á la parte artística, han de remitirse al Sr. Director de ROSA Y AZUL, Jardines, 15, Madrid.

REGALO DEL PRESENTE MES

Á todos los que durante este mes se suscriban por un año les regalaremos 20 tarjetas postales, y 10 á los que lo hagan por un semestre. (Véase la plana tercera de la cubierta.)

Á LOS ANUNCIANTES

Siendo la tirada de ROSA Y AZUL de veinte mil ejemplares, y nuestra Revista de las que se conservan para formar tomos, creemos que ha de convenir á los anunciantes, por resultar una de las maneras más prácticas de propaganda.

PRECIOS DE ANUNCIOS

Plana preferente, entera.....	50	pesetas.	↓	En las otras planas, entera..	40	pesetas.
— — — media.....	27,50	—	↓	— — — media..	22,50	—
— — — cuarto.....	15	—	茶	— — — cuarto.	12,50	—
— — — octavo.....	10	—	↑	— — — octavo.	7,50	—

ANUNCIOS ESPECIALES Á UNA PESETA

La plana entera mide 14 × 19 centímetros; la media plana, 9 × 14; el cuarto de plana, 4 × 14, y el octavo, 4 × 7.

Los precios arriba indicados se entienden por una inserción. Concederemos un 25 por 100 de rebaja á las órdenes de anuncio por 12 inserciones. El pago de los anuncios se verificará cuando se hayan hecho las inserciones. Para anuncios de otra clase, precios convencionales.

Tarjetas de ROSA Y AZUL

En vista del considerable número de cartas y costosas tarjetas que venimos recibiendo de los niños, dedicadas unas á **CRITICA, CORRESPONDENCIA, COLABORACION INFANTIL**, etc., y otras á **PASATIEMPOS** y **CONCURSOS**, esta Empresa ha editado unas sencillas y prácticas postales dedicadas exclusivamente á dicho objeto, las cuales pueden adquirir los niños, lo mismo en Madrid que en provincias, en todos aquellos sitios que se ofrece á la venta nuestra Revista. Precio: cinco céntimos tarjeta.



Uno de los mejores y más entusiastas amigos de la Revista, Ramón Portillo, me dedica una

poesía, que no se puede insertar en ROSA y AZUL por dos razones: la primera, y esta es la más capital, por hacerme elogios que no merezco; la segunda, y esta podría pasar si no estuviese por delante el demonio de la primera, por adolecer de ciertos defectos de métrica (no se incomode usted porque lo diga, amigo Portillo).

Lo que me obliga á mencionar esa composición, es las afirmaciones que en ella se hacen. Dice su autor que yo veo todo de color de rosa; que no todos los niños son buenos como yo los pinto...

No hay tal, amiguito. Ya escribí una *Croniquilla* censurando á los niños que apedrean á *Garibaldi* y á esos seres infelices que andan por la calle mendigando la caridad pública; pero dije entonces, y afirmo ahora, que esos niños que se ensañan con los desvalidos, que

ponen cáscaras de frutas en las aceras para gozar con las caídas de los que sobre ellas pisan, esos no son, no pueden ser amigos nuestros; pero entre los que esta Revista redactamos, y vosotros, los que con vuestro favor nos ayudáis á llevarla adelante, debemos procurar que esas ovejas descarriadas vuelvan al redil.

Sabéis que nuestros propósitos son hacer una infancia fuerte y vigorosa, de corazón sano, que en lugar de zaherir á los ancianos, á los desvalidos, á los que sufren, les sirvan de apoyo. Queremos con toda nuestra alma á esos niños que, en las horas libres del estudio, hacen cuentos, poesías y pasatiempos para su Revista; adoramos á esos otros que cuando van por la calle y hallan á un ciego le ayudan á sortear los peligros; pero hacia los que se mofan de los desgraciados, hacia los que ponen obstáculos en la vía pública para gozarse con los tropezones y caídas de los transeuntes, hacia esos no sentimos odio: sólo nos inspiran compasión.

Y así como los padres sienten más cariño hacia el hijo enclenque, hacia el desgraciado que se envicia en el juego ó en la holganza, nosotros sentimos gran aprecio hacia esos infelices ayunos de educación, y pretendemos atraerlos al buen camino.

BEBÉ.

LA EPOPEYA DE UNA CINGARA

EL sol caía á plomo sobre la ancha carretera, uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó un arroyo donde



calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra: he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y de frescura, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna

que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrojos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitable desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquélla; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno, que abrasaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo,

veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios.

Constituían la caravana una mujer, tres niños y un burro.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos á un niño de pocos meses,

envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios, para extraer el jugo que generosamente le ofrecía. La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la esbel-

tez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa; la pobre criatura pudo ser bella; pero de su belleza no queda más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños, que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo á la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios á impulso de internos dolores, y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de cingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la habían amenazado con golpearla, á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía

inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto; maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviéndose de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo



enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugar, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.



El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La cingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.— Dame agua... tengo mucha sed...; ¡me quema aquí!

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.— ¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño.— ¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia: y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero; en fin, ¡nada!, no encontró nada. Aquella tierra sedienta parecía decir á la cingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: «¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera

de sed como yo!» Y la cingara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡No puedo darte nada! ¿Dónde voy á encontrar ahora agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto la cingara sonrió, con una sonrisa de esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vuelta á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vió con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto; pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido; la cingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron á la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la cingara contemplando á su adversario con rabia.— ¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Éste dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La cingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto el perro exhaló un quejido do-

loroso, abrió la boca y cayó de espaldas. Los dedos de la cingara lo habían ahogado.

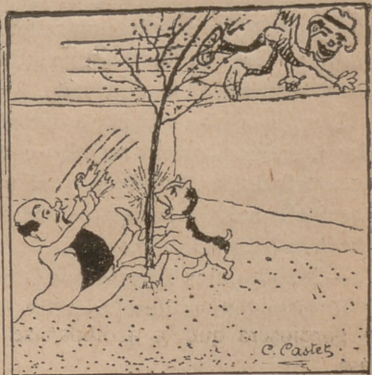
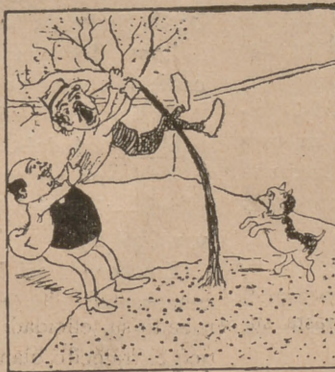
Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la cingara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abrillanada por los rayos del sol, acercó el cacharro á los labios del enfermo, y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua; ¡bebe, hijo mío!

JOAQUÍN DICENTA.

CUIDADO CON LA IRA



Por castigar á cierto ladronzuelo
á poco se revienta don Marcelo.
Mientras que el perseguido
en una higuera se quedó prendido.

*Puesto que Dios es justo
no te hagas la justicia por tu mano,
y vivirás á gusto,
y sobre todo con el cuerpo sano.*



EL TRAJE BLANCO

SAN SEBASTIÁN (1)

I

AQUELLA tarde el mar mostrábase en todo su magnífico esplendor. Rompían las olas levantando montañas de espuma. La playa estaba más animada que nunca; llena de bañistas que habían acudido á disfrutar de la temperatura espléndida y del soberbio panorama.

Una niña, vestida de blanco, paseábase entre los grupos, llamando la atención por su hermosura y gentileza. Se llamaba Rosario, y era hija de un banquero muy rico llamado D. Rogelio Rondel, que todos los años iba á veranear á San Sebastián.

Llegó la noche y la playa comenzó á quedar desierta. Rosario retirábase á su casa acompañada de una criada, y al volver una esquina le salió al encuentro una pobre muchachita cubierta de harapos.

—Señorita, una limosna por Dios.

Rosario, que no llevaba dinero, encargó á la pordiosera que la acompañase hasta su casa.

—Allí comerás—le dijo—y te regalaré un traje igual á éste que llevo. ¡Ya verás qué bien te sienta!

Y ambas niñas siguieron juntas. Al llegar á casa de Rosario, el padre de ésta acogió á la mendiga con la mayor caridad, y además

(1) En el número próximo *Fuensanta la bella*.—Murcia.

del traje que le había prometido su hija, le entregó una cantidad de dinero. Después le encargó que fuese por allí los domingos y la socorrería.

Transcurrió algún tiempo, y Rosario no volvió á ver á la pobrecita que todas las semanas había acudido puntualmente á su casa.

Una tarde estaba bañándose, y un golpe de mar la separó de la criada que se bañaba con ella. Por pronto que quisieron acudir ya la había arrastrado la corriente mar adentro.

Los bañistas que presenciaban aquel terrible espectáculo comenzaron á dar voces de auxilio, y algunos se arrojaron á salvarla. Pero todo fué inútil. Las olas la cubrían, hundiéndola en el fondo y volviéndola á sacar á flote.

Y como si el día huyese horrorizado, vino la noche y entre las sombras sólo pudo verse una barca luchando con las olas en el mismo sitio en que Rosario se había hundido.

II

El desconsuelo del papá de Rosario al saber la horrorosa noticia fué desgarrador.

Loco, desesperado, quiso correr al mar confiado en que podría recuperar á su hija.

Tuvieron que sujetarle. Lanzaba gritos terribles llamándola.

—¡Yo no podré vivir sin ella! —exclamaba. —¡Rosario! ¡Rosario! ¡Que me devuelvan á mi hija!

Y voceando así, llegaba hasta la ventana amenazando á las terribles olas que le habían robado su felicidad. Después besaba frenético el trajecito blanco que se había quitado su hija antes de tomar el maldito baño.

Fué aquélla una noche terrible. Llantos y desesperación en toda la casa.

III

Al día siguiente se presentó un muchacho que llegaba jadeante y cubierto de sudor.

Pidió hablar al padre de Rosario, y cuando éste le hizo pasar á su despacho se oyeron

exclamaciones de júbilo y gritos de alegría. ¿Pero era posible? Rosario no había muerto. Así lo afirmaba aquel muchacho portador de tan grata nueva.

El mismo se ofrecía á conducirle adonde estaba su hija.

Don Rogelio no quiso detenerse ni un segundo y se lanzó á la calle anhelante por confirmar su felicidad.

Llegaron á una casa modestísima de los arrabales. Llamaron en un cuarto de muy pobre aspecto. Les abrió una viejecita que les condujo á una misera habitación en la que se hallaban colgados de las paredes algunos enseres de pesca.

Don Rogelio, al entrar allí, lanzó un grito indescriptible. Acababa de ver á su hija que, echada en un colchón y cubierta con unas mantas, le sonreía.

—¡Papá! ¡Papaíto!—exclamó.

—¡Hija mía! ¡Qué feliz soy!

Y se abrazaron estrechamente.

Pero el asombro de D. Rogelio fué mayor cuando advirtió que su hija llevaba un vestidito blanco igual al que había dejado en la caseta de baños y que había él estrujado á besos como último recuerdo. ¿Cómo era aquello?

La explicación le conmovió.

Le había salvado á su hija un pobre pescador que, exponiendo la vida, acudió con su barca cuando la niña iba á hundirse para siempre. Sólo tuvo tiempo para sujetar á la muchacha por un brazo y lanzarla dentro de la embarcación, que fué arrastrada por la corriente mar adentro. Allí estuvo luchando con el mar embravecido, y hasta doce horas después no pudo regresar á la playa. Rosario apenas podía andar. Dijo donde vivía su padre y corrieron á avisarle, metiendo á la niña en la cama y dándola

alimento para recobrar las fuerzas perdidas.

—¿Pero dónde está el salvador de mi hija? ¡Quiero abrazarle!—dijo D. Rogelio.

—No tardará en llegar — contestó la viejecita—. Es mi nieto y ha ido cerca de aquí en busca de su hermana que está recogida en un colegio.




No tardó en presentarse un arrogante mocetón llevando de la mano á una muchacha, en la que D. Rogelio reconoció á la pobrecita que meses atrás habían socorrido.





Entonces comprendió por qué su hija vestía aquel traje blanco igual al suyo. Era el que regaló á la pobrecita cuyo hermano había encontrado ocasión de devolvérselo, salvándole la vida.






X. X.

GARTAS ILUSTRADAS

Madrid 23 de Marzo de 1904.

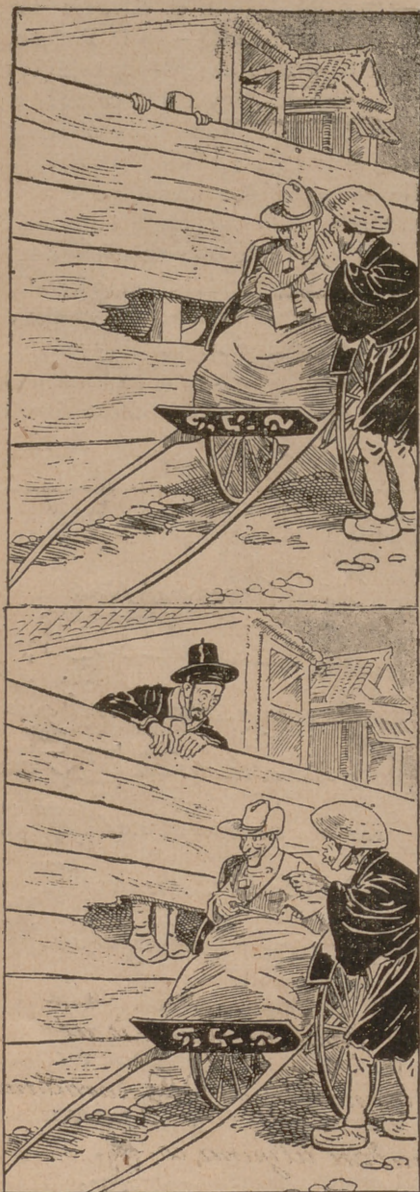
Querido   ,

Siento no poder complacerte en lo que me pides, pero he estado en  con la  y no me muevo de mi  en el que estoy sentado en un .

Un amigo Enrique  se cayó del caballo y le llevaron en una  á su casa. Como no puedo ir al teatro te mando mis   para darte. Ya te mandaré alguna co-.

Recuerdos á todos de tu amigo,
Manuel Brós

POR CURIOSO



Mr. Camelo, corresponsal del *The Infundium* en el Japón, había salido en la volanta para tomar apuntes, cuando el criado, en una parada, le avisó que alguien escuchaba su conversación.

Buen consejo y buen camino.

«Una sociedad civilizada es un espléndido edificio. Son sus columnas la religión y la justicia: sus ornamentos las artes y las letras.»

L. A. DE CUETO.

Mis queridos amiguitos y amiguitas: Aquí estoy otra vez; es decir, aquí estamos. Como dice la frase de un poeta celebradísimo: *ya somos dos*.

Rosa y Azul, imitando á los apóstoles, predica con éxito lisongero por el mundo infantil la doctrina de la realidad, de la conveniencia popular y de la dicha; y nosotras, haciéndonos eco exacto de ella y sugestionadas por su hermoso desarrollo y risueña apología, propagamos voluntariamente su radio de acción, y nos proponemos convertir á los de opuestos pensamientos y despertar á los ignorantes. No tenemos la seguridad de convencer plenamente, porque es posible que nuestra fuerza intelectual sea insuficiente; pero nuestra razón es poderosa, y... allá veremos.

Este digno periódico inició nuestra odisea; hay que adherirse á ella; las ventajas son clarísimas é indiscutibles; sigamos la marcha señalada; bien merece la pena...

Y á fe sincera, que desde que nuestros cerebros concibieron la idea solemne de ser *periodistas* y la imaginación pensó la feliz probabilidad de ver nuestros nombres en *letras de molde*, que orgullosamente han corroborado la fuerza de voluntad y las columnas de ROSA Y AZUL, no pueden darse para nosotras mayores plácemes que el tributo de respeto, admiración y cariño de que hemos sido objeto por parte de cuantas personas han conocido y saboreado nuestros nobles propósitos.

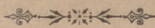
Felicitaciones por aquí, enhorabuena por allá, caricias de un lado, aplausos de otro y ambiente de alegría por todas partes. Estas fueron las manifestaciones de regocijo y entusiasmo que se nos concedían por todos los que admiraban nuestra precocidad... Ya éramos de la *Prensa*.

Ahora bien; hemos de convenir en que nuestro trabajo intelectual, juzgado materialmente, no hubiera constituido ni un átomo de literatura; su valor sólido no hubiera probablemente podido demostrar nada, ni hubiera merecido elogio ninguno; pero... éramos niños, y esto bastaba y convencía á todo el mundo. El éxito muchas veces no se obtiene por la labor, sino por la edad.

Tampoco se regateaban los aplausos, y en gran número por cierto, para quien á nosotras nos elevó y nos dió medios y motivos de triunfo, para ROSA Y AZUL; el fallo era justísimo y plausible.

Un periódico que viene al mundo con la decisión exclusiva de protegernos y encarnar en nuestros pequeños seres el egoísmo de la cultura y la ilustración, harto necesaria y deseada, que tan felices puede hacernos, merece sin límites ni cortapisas la eterna compañía moral y ciego cariño, que, como nosotros, debe profesarle todo aquel que, con fundamento, crea que el progreso ó la ruina de una nación estará *mañana* en los niños de *hoy*.

MARÍA Y MANOLITA SANTOS.

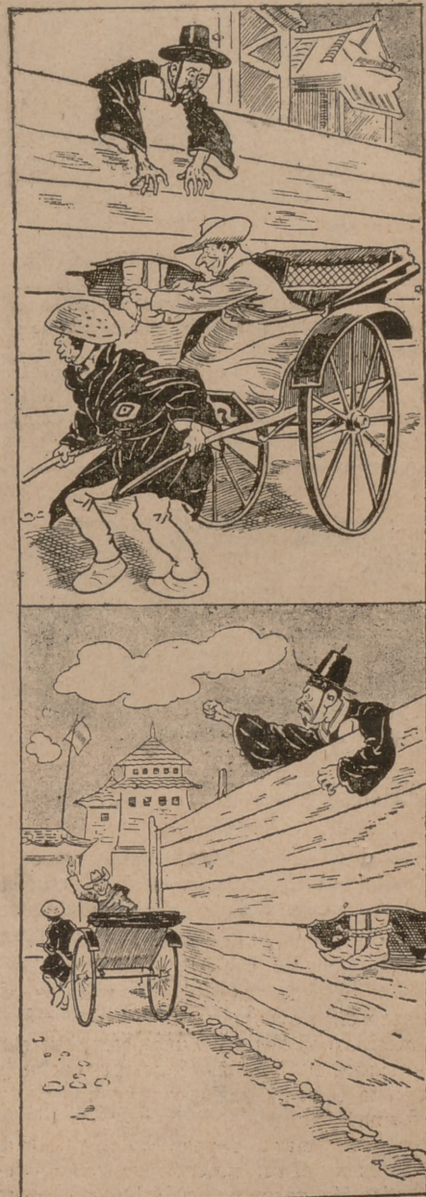


¿QUIÉN LO SABE?

ENTRO en cualquier cementerio
y, según los epitafios,
cada sepultura encierra
un virtuoso ciudadano.

Todos los que allí reposan
fueron en vida unos santos,
y yo absorto me pregunto:
¿Dónde entierran á los malos?

POR CURIOSO



...y Mr. Camelo, que no era ningún tonto, y por algo le tenía de corresponsal *The Infundium*, castigó al curioso atándole los pies á un poste y dejándole así mientras él se alejaba en su volanta.



El día 11 de Abril de 1512 se verificó la famosa batalla de Rávena entre españoles y franceses, y tan horribles estragos se causaron ambos ejércitos, que nunca hasta aquel día hay noticia de batalla más sangrienta.

Algunos escritores llevaron su espanto á tal punto, que cuando hicieron las crónicas de esta batalla llegaron á quintuplicar la cantidad de combatientes muertos. No hay, pues, una cifra exacta;

pero en nuestro afán de contaros cuanto podamos inquirir acerca de estos hechos históricos, copiaremos las que apuntan en sus crónicas algunos de los escritores reputados por más sensatos.

Helas aquí:

Antonio de Herrera dice: «Murieron 10.000 combatientes, la tercera parte españoles, y las otras dos franceses.»

Diego García de Paredes afirma «perdimos la batalla por la excesiva diferencia de gente; ellos eran 60.000 y nosotros 15.000; pero quedaron ellos tan pocos como nosotros. Escapamos 2.500 españoles, y luego murieron 200 á manos de los franceses, y de los franceses 400 en las de los españoles que yo comandaba».

Fluctúan otros entre las cifras de Herrera y García de Paredes; pero á éste confieren mayor crédito los historiadores por haber sido testigo presencial.

De todos modos, la batalla de Rávena fué funesta para nosotros.

M.



RESULTADO DEL SEGUNDO

SEGÚN decíamos en nuestro número anterior, hemos recibido para el segundo concurso 3.768 tarjetas, todas con la solución exacta. Esto nos hace pensar que debemos hacer los concursos un poquitín más trabajosos. Todo se irá. Nuestro interés no es otro que estimular á los niños para que discurren y piensen en provecho suyo.

Sometidas las tarjetas á un sorteo, que han presenciado D. Nicolás Ruiz Langacho y doña Justa Dávalos, resultaron premiadas en esta forma:

Premio 1.º, María Fernández, de Madrid.

Premios 2.º al 12, Suceso Planas, de Oviedo; Pepito Montesinos, de Valencia; Rosita Morales, de Madrid; Nicolás Bizcarrondo, de San Sebastián; Gonzalito Espeso, de León; Josefá Rodríguez, de Cádiz; Félix Valle, de Barbastro; Ladislao Rueda, de Madrid; En-

rique Rosas, de Logroño; Rosario Alvarez García, de Pravia, y Luisita Neira, de Madrid.

Premios 13 al 25, Julián Fernández Cuevas, de Valladolid; Carmen G. del Rivero, de Madrid; Ernesto Izard, de Béjar; Blas Pérez Cía, de Madrid; Olegarita Dieste González, de Rianjo (Coruña); Daniel Sanchiz, de La Línea (Cádiz); Angelito Ramil, de Madrid; Santiago Roperero, de Toledo; Angelita López Saul, de Madrid; Enrique Tomás, de Valencia; Eduardo de la Torre, de Cazorla; Pepe Fernández, de Albacete; Eduardo Correa, de Madrid, y Luis Núñez, de Mérida (Badajoz).

Mi felicitación á los agraciados, que pueden recoger los premios cuando gusten, y también aplaudo á los que no tuvieron la suerte de obtenerlos, pero que acertaron la fuga de vocales:

 Sin el amor que encanta
la soledad de un ermitaño espanta;
pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

Pueden enviar soluciones para el concurso tercero:

El perro del herrero duerme á las martilladas y despierta á las

Y para el cuarto:

¿Cuál es el mejor cazador para la liebre?

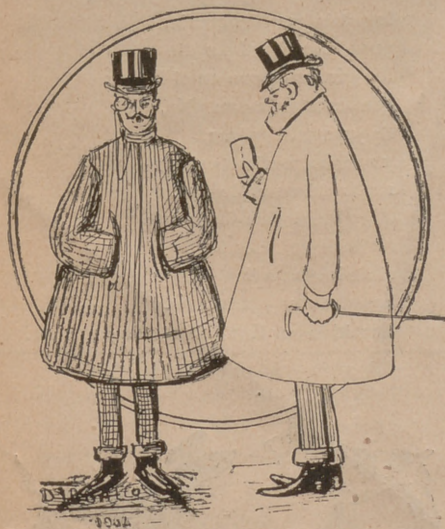
Véanse las condiciones y listas de premios en los números 5.º y 6.º



ERAN las doce de la noche. Habíamos establecido el campamento en un llano, á la derecha del pueblo de Astracán. Estábamos rendidos por la fatiga y por el hambre.

El coronel, un señor muy grave de cincuenta y nueve años de edad y treinta y cuatro de servicios, andaba de un lado para otro, dando órdenes y animando á los más decaídos.

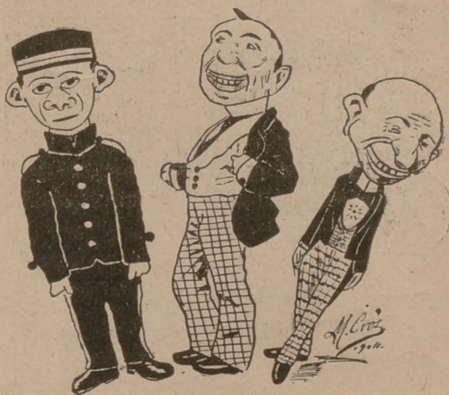
Después de haber comido nuestra miserable ración, buscamos el medio para combatir el frío que nos helaba; encendimos hogueras con todo lo que encontramos por allí, y en torno de ellas nos



—Ahí tiene usted mi tarjeta; mañana recibirá mis padrinos.

—Bueno, pero no saco las manos del bolsillo.

EL «TRUST» DE LOS GUAPOS



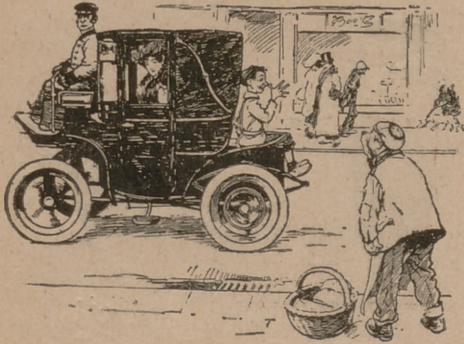
Instantáneas de M. Cros.

agrupamos todos los soldados, envueltos en nuestros capotes, decididos á pasar la noche lo mejor posible y sin aburrirnos, ya que no era posible dormir á causa del frío que hacía.

El cabo Martínez, que era el que nos distraía en nuestros ratos de ocio, nos propuso jugar á la baraja con una que él llevaba; aceptamos todos.

Aún no habíamos tomado las cartas, cuando escuchamos el grito de: «¡A las armas, á las armas! ¡El enemigo!» Y llegando el coronel, con la voz trémula por el coraje, nos dijo: «Hijos míos, el enemigo nos ha sorprendido; exigen nuestra rendición ó nuestra vida; ¿qué hacemos?» El grito de «¡A ellos!» se escapó á un mismo tiempo de todas nuestras bocas, y el coronel, radiando de alegría, dijo: «Está bien; ahora, valor»; y señalando con la espada al enemigo que nos cercaba, se lanzó hacia él, seguido de todo el regimiento. Una terrible descarga que nos causó muchas bajas, fué el recibimiento que nos hicieron; pero nosotros, ébrios de coraje, no hicimos caso de las balas, que continuaban haciendo estragos, y seguimos á nuestro coronel que, rodeado de enemigos, estaba á punto de desaparecer. Al fin, logramos libertarle, y aún no había vuelto á montar á caballo en otro que le dieron, pues el suyo se le habían matado, cuando una bala, salida de en medio del enemigo, vino á darle en el pecho, y, vacilando, llevóse la mano á la herida, por la que manaba abundante sangre, diciendo:

VENTAJAS DE LA MODA.



— Cochero, que va un chico en la trase ra.
— Cállese usted, chivato; ¿no ve que no lleva fusta?

«Voy á morir, pero no temáis, pues os llegan refuerzos»; y expiró. Un grito de rabia resonó, y mientras que unos cogían al coronel, los otros nos lanzamos sobre el enemigo, apoyados por los refuerzos que nos mandaban, que, después de una encarnizada lucha, se declaró en fuga.

Después de haber vencido, sólo nos ocupamos en dar sepultura en el cementerio del pueblo de Astracán al cuerpo de nuestro coronel, que había muerto por la patria.

Remitido por RICARDO SANZ.

—>⊙<—

FÁBULA

ANDRÉS, muchacho imprudente,
pegó palos á un pollino,
y éste con fuerza y con tino
le dió una coz en la frente.

Lloró el niño, y un anciano,
que le contemplaba atento,
le dijo: «Escucha un momento
mi consejo útil y sano.

El que á otro ofender intenta
con los hechos ó el lenguaje,
se infiere él mismo un ultraje
que le abochorna y le afrenta.

Que cual bolas de billar
todos nuestros actos son;
chocan... y por reflexión
vuelven á nos á parar.»

Remitida por MIGUEL HAEDO.

Futuros salvadores.

CUANDO nuestra antigua gloria
como flor marchita y mustia
sólo en la presente angustia
queda guardada en la Historia;
cuando presagios fatales
á nuestros males futuros
traen horizontes oscuros
símbolo de grandes males,
todo parece anunciar
el triste y próximo fin
del que del mundo al confin
supo su pendón llevar,
del que en tantas ocasiones
mostró su noble bravura,
del que abatió de su altura
al terror de las naciones.

Mas no, que allá en lontananza
una débil lucecilla
pequeña, pero que brilla
como brilla una esperanza,
entre la intensa negrura
de una nube tan opaca,
en brillantez se destaca
cual promesa de ventura.
Son los niños que ahora juegan;
la patria en ellos confía,
pues brotarán algún día
los gérmenes que en sí llevan;
gérmenes de nueva vida,
de juventud y vigor,
y nuestra patria querida
recobrará su esplendor.

Algo de hispano heroísmo
se demostrará en los hechos
si en los juveniles pechos
hay virtud y patriotismo.

Remitido por EMILIO SEVILLA RICHART.

NUESTROS ELEGANTES



—Estás hecho un barbián con ese hongo.
—Pues tú, con esa gorra pareces un chófer.

Entretenimientos científicos

EL HÉRCULES

MÁS vale maña que fuerza, dice un refrán castellano, que tiene plena confirmación en la experiencia que hoy proponemos. Para su ejecución no hacen falta más que dos escobas con mango de palo que sea fuerte, y una cuerda de un grueso regular. Escójanse cuatro hombres forzudos, y encárguese á dos de ellos que sujeten el mango de una de las escobas en posición horizontal; hágase lo mismo con los otros dos, y colóquense enfrente de los primeros y á distancia de un metro. Atese fuertemente uno de los extremos de la cuerda á uno de los mangos de escoba, y dense varias vueltas con la cuerda (cinco marca el grabado) á los dos mangos,

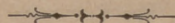


con lo cual quedará todo á punto de empezar la experiencia. Apúestese sin miedo lo que se quiera á que un hombre de mediana fuerza obligará á los cuatro á juntarse, aunque hagan esfuerzos desesperados para mantenerse á distancia. Hecho esto, no queda más que tirar de la cuerda, como indica el grabado, y se obtendrá el resultado apetecido, puesto que el esfuerzo hecho por quien tire de la cuerda, multiplicado por el número de vueltas que ésta haya dado á los mangos de las escobas, ha de ser mayor necesari-

amente que el resultante de los hechos por los cuatro hombres forzudos.

Hay que tener presente que, lo mismo que ocurre en la teoría de las poleas, base esencial de esta experiencia, lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad, y, por tanto, para conseguir el resultado propuesto de juntar los dos mangos estando á distancia de un metro, es preciso que pasen cinco metros de cuerda por las manos del operador.

La experiencia es de más brillantes resultados si se hace en un piso de madera bien encerado, puesto que, no pudiendo afianzarse bien en el suelo, y siendo, por lo tanto, menor su esfuerzo, puede un niño sobrepasar las fuerzas de cuatro hombres, por vigorosos que sean.



A la infancia

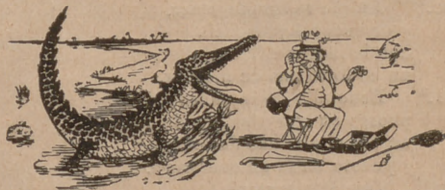
DICHOSA edad aquella en que sin penas ni dolores que turben tu reposo tranquilos pasan días y más días; ese es el tiempo hermoso.

Mas ya vendrá el invierno de la vida y en su larga querella pesarosos diréis y entristecidos:

¡Dichosa edad aquella!

RAMÓN PORTILLO.

EL COLMO DE LA CIENCIA



—¡Vaya una lengua! Espera, amigo mío; te voy á recetar un purgante enérgico.



BARAJA DE SENTENCIAS

PARA LOS JUEGOS DE PRENDAS

(Continuación)

- 12.^a Las manos puestas atrás
y según tu industria pueda,
con la boca una moneda
de una mesa cogerás.
- 13.^a A todas feas dejando,
sin agraviar á ninguna
de estas señoras, ve una
la más perfecta formando.
- 14.^a Da tres vueltas sin cesar
con un pañuelo tapado,
y un pie al aire levantado,
una aguja has de enhebrar.
- 15.^a ¿Dónde irá un pobre llagado
de travesuras de amor?,
has de decir sin rubor,
para que seas perdonado.
- 16.^a La alcantarilla del Prado
has de hacer sin resistir;
y así prevente á sufrir
cuanto en ella fuere cechado.
- 17.^a Que apetecen en secreto,
á todos preguntarás;
luego lo publicarás
con disimulo discreto.
- 18.^a Haz cuenta que á la almoadilla
estás haciendo labor,
y cántanos con primor
una buena seguidilla.
- 19.^a Para que te quieran debes
un secreto preguntar;
luego lo has de publicar
si cobrar tu prenda quieres.
- 20.^a En pie te has de tener,
y de todos á presencia
con la mayor diligencia
un codo te has de morder.
- 21.^a Banquillo de zapatero
puesto en tres pies has de hacer,
un pie al aire has de tener
y puesto en él un sombrero.
- 22.^a Una jota cantarás
si sacar tu prenda quieres;
y si esto hacer no quisieres
un fandango bailarás.
- 23.^a Qué se requiere dirás
para buena moza ser,
que haciéndolo á todos ver
tu prenda recobrarás.
- 24.^a El que á todos los del juego
contentes es la sentencia;
si tardas, tendrás paciencia,
que ya descansarás luego.
- 25.^a Para basureró estás
por la suerte destinado;
el chasco es algo pesado,
pero paciencia tendrás.
- 26.^a En un almirez sentado
una aguja enhebrarás,
y entretanto cantarás
un verso mal entonado.
- 27.^a Una guirualda has de idear
del gusto más delicado,
y á la que sea de tu agrado
luego la has de dedicar.
- 28.^a Ya que caistes en falta
no tienes que discurrir;
que te falta has de decir
de tres un burro, en voz alta.
- 29.^a De gaita gallega un paso
procurarás con esmero
bailar, haciendo el herrero,
y otro juguete del caso.
- 30.^a Harás sin que valga excusa,
las manos y pies atados,
para purgar tus pecados,
el pesebre de la Inclusa.
- 31.^a Te pondrás á discreción
á sufrir cuanta figura
de tu cuerpo hacer se ocurra
en cualquiera posición.
- 32.^a Disponte á correr baquetas
dos carreras, de contado
corre, sufre, y sé callado
á cuantas digan chufletas.
- 33.^a La suerte no pide más
que te pongas en berlina,
en tanto que se examina
la causa por lo que estás.
- 34.^a Harás de Puerta del Sol
un esquinazo, y constante
tu genio y paciencia aguante
como en concha el caracol.
- 35.^a Con las manos á la espalda
una aguja enhebrarás,
y en tanto una luz tendrás
en la boca, que bien arda.
- 36.^a Lo que esta cédula expresa
es, el que sin replicar,
quien le toque vaya á dar
tres culadas á una mesa.
- 37.^a En un pie te sostendrás,
lleva el otro dirigido
á la boca, y ya mordido,
luego soltarlo podrás.



Juan Hernández.—Barbastro.

Rosa y AZUL me entusiasma por su mucha distracción. Para hacerla es necesario tener un buen Director.

Pedro Mestres.—Tarragona.—ROSA Y AZUL me propina unos ratitos tan gratos, que hasta en la cama la leo, y luego sueño con ella.

Carmencita Navarro.—Mérida.—Cada día veo con más gusto el ROSA Y AZUL.

Leonardo Ordoño.—Madrid.—Su Revista, no sólo sirve para pasar un buen rato por lo graciosa que es, sino que instruye, enseñándonos cosas que no conocíamos.

Antonio Aguirre.—Cuenca.—Me gusta mucho ROSA Y AZUL, y sus *Croniquillas* me encantan.

Rosario Alvarez García.—Pravia.

ROSA Y AZUL me embelesa porque instruye deleitando, y los cuentos de E. de Amicis casi me van encantando.

Isabelita Garcés.—Toledo.—ROSA Y AZUL me embelesa. Mi constante preocupación es su lectura. Los sábados por la noche sueño con él, y si se retrasa un solo día en venir me disgusto y lloro. El aumento de cinco céntimos no me importa; seguiré comprando el precioso periódico infantil ROSA Y AZUL.

Santiago Camarasa.—Toledo.

Mi querido Director: Mande usted cosas muy buenas aunque suba mucho el precio de Revista tan amena.

La lectura es muy bonita, las historietas también, los chascarrillos lo mismo y las tarjetas de olé.

Rosa y Azul me entusiasma, y voy á ser suscriptor por la lectura que tiene y por su buen Director.

Leonardo Ordoño.—Madrid.

La portada es ideal y la parte literaria para el niño necesaria. ¡En vez de ser semanal, ojalá fuera diaria!



A. Callao y L. Mola.—Barbastro.—Publicaré su diálogo después de arreglado.

M. Nogueira.—Alicante.—Se publicarán.

R. F. de Mora.—No publicamos pasatiempos ilustrados.

F. Loredo.—Madrid.—Le complaceré. Y conste que no estaba de más la advertencia. Si usted viera...

Pomares.—Barbastro.—Tiene usted obligación de hacerlo mejor.

J. Urenda.—Málaga.—¡Lástima que idea tan noble esté tan mal versificada!

M. Albarrán.—Palencia.—Irán.

L. Cappús.—Madrid.—Idem.

L. Castro.—Avilés.—Sí, señor; pero tenga usted paciencia. Hay muchos delante.

M. Cros.—Madrid.—Irán algunos dibujos.

M. Boada.—Idem.—Arreglaré el soneto.

E. del Olmo.—Palencia.—Se publicarán.

J. Hernández.—Madrid.—Empieza usted así la composición:

Mi querida Edubigita,
erres de lo maz inglaterra,

y, francamente, tenía usted que acabar peor que Rusia y el Japón.

R. Uguina.—Idem id. No dirán ustedes que soy exigente.

J. S. Baytón.—Madrid.—Irá el cuentecillo.

R. Dargallo.—Cuando envíe dibujos hágalo en papel mayor, y los epígrafes escritos detrás. Los de la postal están bien.

M. Rodríguez.—León.—Entran en turno.

T. G. Nozal.—Miranda.—La efeméride llega tarde. Haga otra con dos meses de anticipación á la fecha de la Revista.

J. Delgado.—Málaga.—Aspiramos á decir la verdad á los niños, y escribiendo no llegó nadie á millonario, ni el Tostado. Envíe otra cosa. Los pasatiempos irán.

M. García.—Salamanca.—No está mal la traducción; pero el asunto era conocido en tiempos de Calomarde.

E. Pinar.—Madrid.—Haga el favor de pasar por la Administración.

A LOS IMPACIENTES.—Las cartas se contestan por turno riguroso; pero luego viene la imprenta y no puede insertar en un número todo el original que tengo dispuesto. Paciencia, pues, amiguitos.



CHARADA, por F. Villaverde.

*Prima tres en el teatro,
en alfabeto segunda,
y en cualquier punto hallarás
prima dos, pues mucho abundan.*

TARJETA, por A. Castaño.

Luis Prim (a) Verónica.

Combinad las letras y hallaréis los nombres de dos diarios.

SUSTITUCIÓN, por F. Doctor.

O	●	L	A
	●	L	A
A	●	T	A
	●	M	A
	●	A	R
S	●	A	G
	●	E	T
	●	A	R
	●	R	O
C	●	R	O
A	●	D	O

Sustituyendo los puntos por letras hallaréis un nombre que os agrade.

CHARADA, por J. Rivera.

*Prima-prima y dos-primera
suelen jugar á la todo,
hasta que el prima-dos tienen
polvoriento y sudoroso.*

ACERTIJO, por F. Olmedo.

¿En qué se parece una comida de vigilia á un esqueleto?

JEROGLÍFICO, por R. Portillo.

C nota.

ACERTIJO, por P. G. del Rivero.

Un individuo envió á pedir por medio de un telegrama

2-2-2-2-2

¿Qué pedía?

SOLUCIONES

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO, por I. Cappús:
TRASPASO

A LA TARJETA, por Ordoño:
ELOY GONZALO GARCÍA

AL CUADRADO, por L. R.

G A T O
A M A S
T A C O
O S O S

A LAS ADIVINANZAS, por E. Pinar.

- 1.^a San Canuto.
- 2.^a Santa Tecla.

AL ACERTIJO, por M. de Diego:
LAS TRÉBEDES

AL JEROGLIFICO, por Montero:
CAYÉNDOSE

Á NUESTROS LECTORES

En nuestro deseo de mejorar más cada día las condiciones de la Revista, y no siendo posible á esta Empresa sostener el precio á que *Rosa y Azul* se ha venido vendiendo, desde 1.º de Abril, ó sea desde el número 6, el precio es de **quince céntimos**. No obstante, fieles siempre á los compromisos que con el público hemos contraído, los precios de suscripción continuarán lo mismo. Y haremos más: estimando la confianza que los suscriptores depositan en nosotros, regalaremos 20 tarjetas postales para entenderse con la Dirección en cuanto afecta á soluciones, concursos, crítica, pasatiempos, etc., á los que se suscriban por un año, y 10 tarjetas á los que lo hagan por un semestre. De este modo cada ejemplar costará á los suscriptores **nueve céntimos**, y **quince** al comprador.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año y 20 tarjetas postales.....	6 pesetas.
Sels meses y 10 ídem id.....	3 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) En libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

VINO DE PEPTONA ORTEGA



MARCA REGISTRADA
MADRID.—18, LEÓN, 18.—MADRID

Para convalecientes y personas débiles es el mejor tónico y nutritivo. — Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, etc.

LABORATORIO-FARMACIA DE ORTEGA:

FAMOSO MÉTODO DE LECTURA EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	» 0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

Pidan tarifas de precios y condiciones al depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Hija de Gómez Tutor.

LA PREVISION PATERNAL

SOCIEDAD MUTUA ESPAÑOLA

SEGUROS PARA NIÑOS

en distintas combinaciones.

Pólizas pagadas en Enero y Febrero del año actual:

112.241,44 pesetas.

Dirección: Carmen, 25.—MADRID

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia,

Quintana, 38.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han *imitado* bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La *legítima*, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gas, tralgias, úlceras, diarreas-vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijitos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la *Papilla en polvo*, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el pro-

pecto. Desconfíen de las imitaciones, porque la *verdadera Papilla*, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
San Bernardo, 70, Madrid (frente al Novclado)

SASTRERÍA EL INFANTE

NIÑOS

26 PRECIADOS, 26

Preciosos trajes de 5 á 40 pts.

Gabanes novedad de 15 á 50.

Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.

Cuellos novedad, chalinas,

gorras y colección grandiosa

en géneros para la medida.

PRECIO FIJO



GRAN FOTOGRAFIA BOLIVAR

1, SAN BERNARDO, 1

Es la casa que en Madrid se dedica *especialmente* á hacer retratos de niños.